



Verbos compuestos, factitivos o casuales

¿Cuál es en ellos el verdadero elemento factitivo?

Cuando terminé la lectura de mi anterior informe sobre este punto, entre los asistentes a aquella sesión nuestro Sr. Presidente fué el único que se mostró disconforme con mi teoría y prometió rebatir mi punto de vista.

El Sr. Azkue no nos ha hablado más sobre este asunto, por olvido o por lo que fuere: en cambio, el académico correspondiente Sr. Bähr nos ha hablado ya dos veces.

En su primer informe, leído por el Sr. Ormaechea en una de las sesiones celebradas por la Academia en el Palacio de la Diputación de Guipúzcoa, incurrió el Sr. Bähr en el error de creer que admitía yo dos factitivos distintos: el prefijo *er(a)* = *ir(a)* y el infijo *-ra-*, para aplicar uno u otro, según viniera mejor al caso. Aquel informe asentado sobre esa base errónea a nadie debió de satisfacer, ni siquiera a su mismo autor. Lo cierto es que retirándolo, lo ha sustituido por este segundo informe, publicado en el último número de *EUSKERA* (XIV urtea, I zenbakia).

Expuestos estos antecedentes principalmente para

hacer resaltar, cual se merece, el grandísimo interés que siente el Sr. Bähr por nuestras cosas no obstante vivir lejos de aquí, examinemos con la brevedad posible qué valor tienen los reparos que opone a mi tesis.

Cree ingenuamente el Sr. Bähr que se puede demostrar con exactitud poco menos que matemática que el elemento factitivo es el infijo *-ra-*. Para esto compara los verbos *eraman* «llevar» y *eman* «dar», y agrega: «La deducción, cosa rara en filología, se obtiene con precisión casi matemática, pues el simple cálculo de substracción: $\frac{e-ra-man}{-e-man}$ prueba que *eraman* se ha derivado de *eman* mediante el infijo *-ra-*»...

El mal está en que la prueba no aparece por ningún lado, pues aun en el supuesto de que *eraman* se hubiese derivado con el prefijo *er(a)*, poniéndole *e-man* por substraendo, nos da por diferencia *-ra-*, y substrayéndole *-ra-*, nos da *e-man*, exactamente lo mismo que en la hipótesis del infijo *-ra-*, señal evidente de que este cálculo de substracción, fascinador para los cortos de vista, no prueba absolutamente nada, precisamente porque supone probado lo que está en litigio. (1)

Dada la significación de estos dos verbos, tampoco es cierto, como quiere el Sr. Bähr, que *eraman* sea factitivo de *eman*; pero dejando esto a un lado y generalizando el procedimiento matemático, apliqué-

(1) Ya lo hice notar en mi precedente informe. Allí, en efecto, después de la serie de factitivos explicables con el infijo *-ra-*, (donde hasta el cálculo de substracción quedó indicado), se pueden leer estas palabras: «Pero aunque la formación de estos y algunos otros factitivos puede explicarse con el infijo *-ra-*, no por eso queda resuelta la cuestión, porque la vocal que le precede, tanto pudiera ser la inicial del verbo simple como la del prefijo *er(a)* = *ir(a)*, colocado ante su núcleo significativo, y precisamente se trata de averiguar eso».

moslo a otros factitivos, tales como *eragi*, *eralgi*, *erantz*, *eratsi*, *erauzi*, *erautsi*, etc. Para obtener la misma diferencia -ra-, habremos de poner por substraendos, no verbos de existencia real como es *eman*, sino los verdaderamente fantásticos: *e-gi*, *e-lgi*, *e-ntzi*, *e-tsi*, *e-uzi*, *e-utsi*, etc., prueba clara de que es muy peligroso proceder por cálculos matemáticos en lingüística.

Mi razonamiento en síntesis era el siguiente: Los factitivos vascos los han explicado, unos gramáticos mediante el infijo -ra-; otros, con el prefijo er(a) y su variante ir(a). Hipótesis por hipótesis debe preferirse la que mejor explica toda la serie de fenómenos de un mismo orden; la hipótesis del prefijo er(a)=ir(a), sirve para explicar la formación de todos los factitivos, mientras que la del infijo -ra- falla en muchos casos.

1.º Falla en los compuestos que proceden de simples, cuyo sonido inicial se ha representado por unos con la vocal «i» y por otros con la consonante «j- (y-)». Adviértase de paso — añadía yo — que el sonido inicial de estos verbos desaparece en la conjugación sintética exactamente lo mismo que la «e» de los anteriormente citados, como desaparece también al convertirlos en factitivos.

Jagi = *er-agi* (*eregi*, *erigi*): *jaiki* = *er-aiki*: *jalgi* = *er-algi*: *jalki* = *er-alki*: *jantz* = *era-antzi* (Zabala) *er-antzi* (apegar), *jatsi* = *era-atsi* (Zabala), *er-atsi*: *jaitsi* = *er-aitsi* (*iritsi*): *jaso*, *jason* = *er-aso*, *er-ason*: *jazo* = *er-azo*, obligar (hacer que otro verifique, Zabala): *jauzi* = *er-auzi* (hacer saltar, extraer): *jausi* = *er-ausi* (varear, hacer caer): *joan* = *er-oan*.

Como se ve, el elemento inicial de estos factitivos es er(a): ninguno de los simples de donde se han formado, empieza con la vocal «e»: luego en ellos la partícula factitiva no es el infijo -ra-...

Examinemos ahora la explicación del Sr. Bähr: «Nos queda por explicar — escribe — la aparente irregularidad de los verbos factitivos cuyos simples empiezan por *j-* (*y-*), pues parecen sustraerse a la regla general de que los simples sintéticos no deben tener una consonante por inicial. Creemos que esta excepción se debe a una evolución secundaria del sonido inicial, el cual, en todos los verbos sintéticos, fué en un tiempo uniformemente *i-* o *e-*. Zabala, en efecto, estuvo muy cerca de esta misma explicación al asentar «que cuando el simple empieza por *i* o *j* el doble las permuta en «*e*». Sólo que para aclarar la evolución histórica, habría que invertir la afirmación de Zabala. Así debió también entenderlo Saroïhandy al suponer que primitivamente todos estos participios comenzaban por *e-* (*i-*)». Nos presenta como supuestos modelos: **e-oa-n* = *yoan*: **e-a-n* = *yan*: **e-ár-i* = *yaí*: aduce algunos ejemplos de permutación de «*e*», ninguno de inicial ni de verbo y en condiciones de dip-tongación que en la inicial no cabe, y agrega: «Estos verbos simples habrán formado sus factitivos correspondientes en una época muy remota, cuando la inicial todavía no había evolucionado en consonante».

Para que la explicación no quedase manca, debía haber dicho: cuando la inicial todavía no sólo no había evolucionado en consonante; pero ni siquiera se había permutado en «*i*», pues todos los factitivos de estos simples comienzan por «*e*», y no vamos a suponer que todos ellos sin excepción, reaccionaron y desanduvieron el camino recorrido por los simples para apoderarse de la «*e*» que éstos habían abandonado ya. ¿Y qué pruebas nos presenta el Sr. Bähr en pro de sus afirmaciones? Siendo imposible saber cómo eran estas formas verbales en aquella época muy remota, pruebas no se pueden presentar; pero conjeturas sí se pueden hacer; y como para salvar del nau-

fragio la teoría del infijo -ra- factitivo, había necesidad de suponer que todos estos verbos simples comenzaban primitivamente por «e», y suponer también que todos sus factitivos correspondientes se formaron precisamente en esa época de la «e» inicial, el Sr. Bähr, una vez metido en el terreno de las conjeturas, no ha andado ni corto ni perezoso.

Si algo primitivo hay en la lengua vasca, es sin duda su conjugación sintética, ya que la llamada perifrástica no es sino una combinación de los adjetivos verbales con el auxiliar conjugado sintéticamente. Pues bien: esta conjugación nos revela que la consonante *j-* (*y-*) de estos simples, lo mismo que la «e» inicial de aquellos otros, si bien alguna vez es orgánica, como en *jardun* que hace *diardu*, generalmente no es sino protética o añadida, pues que *jakin* hace *daki*, *joan* hace *doa*, como *ekusi* hace *dakus*; *ezautu*, *dazau*, etc.; pero siendo protético o agregado el sonido inicial de estos simples, lo racional es suponer que *primitivamente* no lo llevaban, y no llevándolo, mal pudieron formarse sus factitivos correspondientes con un infijo.

El hecho de que este sonido inicial desaparezca en la conjugación sintética, no deja de intrigar al fervoroso defensor del infijo -ra- factitivo. Para calmar sus inquietudes, escribe lo que sigue: «Un argumento de que se vale el Sr. Egusquiza para explicar la desaparición de esta *e- + i-* inicial, cuando el supuesto prefijo *ira- (er(a) debía haber dicho) entra en acción, es su ausencia en las flexiones verbales. El señor Egusquiza parece opinar, pues, que si dicho inicial se ha suprimido en las flexiones de los verbos sintéticos, otro tanto puede haber ocurrido en el participio (!) de los derivados factitivos...» — La verdad es que si los prefijos verbales justifican la desaparición del sonido inicial en los simples, no veo razón alguna para que

el prefijo *er(a)* no la justifique en los compuestos, pues prefijo por prefijo tanto vale éste como aquellos para el caso. Pero continúa el Sr. Bähr y dice: «El «término, poca consistencia de la vocal inicial de sus respectivos simples» sólo puede aplicarse a las flexiones. Mas en el *participio*, dicha vocal inicial es rigurosamente esencial, siendo una de sus características, y tanto, que ni siquiera se suprime en los sustantivos verbales formados del participio: *e-man*, *emale*, *e-ma-te-a*».

Abro el Diccionario (V. E. F.) del Sr. Azkue y leo: *Man* (AN-b, ulz) contrac. de *eman*. *Andiak ziran*, *onak ziran eta biotz onez manak*. (MENDIB. 1-269-9): *toñi* (AN) por *etoñi*, *kafi* por *ekafi*: *kusi* o *khusi* por *ekusi*, *ikusi*: *kusari* por *ekusari*: *kuzi* (lavar) por *ikuzi*: *zagun*, *zägun* por *ezagun*, *ezagutu*: *zautu*, *zaupide* por *ezautu*, *ezaupide*, etc. De modo que «el término «la poca consistencia de la vocal inicial de sus respectivos simples» es aplicable, no sólo a las flexiones, como pretende el Sr. Bähr, sino también a los participios aisladamente tomados, nueva prueba de que dicho sonido inicial no es orgánico sino protético; con lo cual la hipótesis del infijo *-ra-* para explicar estos factitivos, no hace otra cosa que perder terreno.

2.º La hipótesis del infijo *-ra-* falla también al examinar otros factitivos, porque no explica satisfactoriamente su estructura. El simple *atzañi* nos ha dado los compuestos *er-atzañi*, *ed-atzañi*, *ir-atzañi*, pero no **a-ra-tzañi*. El simple *ausi* (*autsi*) no nos ha dado el factitivo **a-ra-utsi* sino *er-hautsi* (pulverizar). *Atxeki*, *atsiki*, *atxiki*, tienen por factitivos *er-atsakī*, *er-atseki*, *er-atxeki*, *er-etsiki*, *ir-atxiki*.

«Tanto *atzañi* como *atxeki* — dice el Sr. Bähr — presentan también variantes con *i-* inicial: *itzañi*, *itseki*, cuya sola existencia basta para descartar toda

dificultad. Pues ¿para qué empeñarse en que *eratzafi* viene de *atzañi* (lo cual nos obligaría a establecer una irregularidad) cuando *i-tzañi* engendra con toda regularidad el factitivo *eratzafi*?» — Eso de que «nos obligaría a establecer una irregularidad» sólo tiene lugar en la hipótesis del infijo -ra- factitivo, que es precisamente lo que se discute; pero en ese supuesto creo, y mientras no se me pruebe que ha habido desarrollo de «i» en «e», seguiré creyendo, aunque no tengo empeño en ello, que para derivar *e-ra-tzañi* con la misma regularidad con que *i-tzañi* engendra *i-ra-tzañi*, hace falta un *etzañi*, que los Diccionarios no registran. Prosigue el Sr. Bähr: «Pero este razonamiento, que podría hacerse extensivo quizás a otros casos en que la forma regular o normal del verbo o no se ha recogido o ha desaparecido, no es el único medio de salvar la dificultad aparente. Hay un fenómeno fonético bien comprobado en la lengua vasca, el cual explica de por sí la totalidad de estos casos en que aparece *e* donde debiera esperarse *a*, es decir, la atenuación de *a* en *e*». Cita después varios ejemplos de esta atenuación, uno solo de inicial y ninguno de verbo. Es una lástima, pues atenuaciones de esta clase no deben de faltar en euskera; pero prescindiendo de esto, voy a hacerme cargo de esta opinión del Sr. Bähr, para deducir de ella una consecuencia lógica, que no se la van a agradecer todos los partidarios del infijo -ra-.

La *a* se atenúa en *e* — nos dice el Sr. Bähr — y así: «aunque *atxeki* y no *itseki* fuera la forma fundamental, el supuesto factitivo **aratxeki* pudo transformarse *correctísimamente* en *eretxeki*». Antes nos ha dicho que la «e» se permuta en «i», y debe de ser verdad, porque sin ir más lejos, junto a *eretxeki* tenemos *iraxiki*. Pero siendo esto así, ni aun en la hipótesis del infijo -ra- factitivo, se puede negar en buena lógica que los neologismos *irasi* (fundar) e *irafi* (im-

primir) están — como diría el Sr. Bähr — *correctísimamente* derivados, pues **a-ra-si*, **a-ra-rí* con la atenuación de la «a» inicial en «e» nos dán: **e-ra-si*, **e-ra-rí*, y con la permutación de «e» en «i»: *i-ra-si*, *i-ra-rí*.

«Diferente es el caso de *utzi*, *erautzi* — dice el Sr. Bähr. Creemos — y la diferencia semántica nos parece ser prueba concluyente de ello — que estos dos verbos no tienen ninguna relación»... — Pues, a decir verdad, yo no veo tal diferencia semántica, ya que *era-utzi*, «hacer dejar» no dista semánticamente de «despojar» más de lo que distaría en la hipótesis de ser factitivo contrato de *egotzi* (echar, dejar). Que puede ser contracción de *eragotzi*, no lo negamos; pero eso habría que probarlo, y lo que aduce como prueba, no nos satisface. *Iregotxi* (trillar) puede ser también variante de *eragotzi*; pero para que le tengamos por tal, reclama una explicación más amplia de las permutaciones sufridas.

Asimismo duda el Sr. Bähr de la supuesta relación entre *andu* y *eraandu*, porque el primero, según el Diccionario V. E. F., significa «hincharse»; pero tratándose del injerto a púa, que no deja de producir una especie de hinchazón en el punto en que se suelda al padrón, la significación de *eraandu*, factitivo de *andu*, no sería impropia ni mucho menos. El motivo porque le atribuí el significado de «envenenarse» quedó suficientemente explicado en mi primer informe. En cuanto a *erandu*, que el Sr. Bähr no lo ha encontrado en ninguna parte, puedo asegurarle que es usual en Áratía, donde a los castaños no injertos llaman corrientemente: *erandu bakoak*.

Irabilatu — si realmente es verbo popular, lo cual no es seguro, pues el único que lo trae es Añibarro — sería, según el Sr. Bähr, una *simple* contaminación de *irabildu* (révolver) + *bilatu* (buscar). — Cuando no

cabe dar otra explicación razonable, esto de la contaminación es un recurso muy expeditivo, aunque a veces, como en el presente caso, no se sepa a ciencia cierta si la contaminación ha sido simple o doble, porque ¿de qué verbo simple es factitivo *irabildu*? Creo que la pregunta no está de más, ya que *ibildu* no lo he oído nunca ni lo registra el Diccionario V. F. E.

Concede que «*irabiatu* es seguramente un verbo derivado»; pero afirma que no puede ser factitivo de *abiatu* (echar a andar = moverse), porque «este verbo de origen castellano (que no pasa de ser una sospecha más o menos fundada) es de introducción relativamente reciente» y «la facultad de la lengua vasca de formar factitivos se ha extinguido siglos atrás.....» ¡Pobre lengua vasca, condenada a morir sin esperanza de resurrección!

«Y por lo que toca a *erahatzi* (hacer olvidar) ¿qué se puede probar — pregunta mi amable contradictor — con un verbo que sólo se ha conservado — si no estamos equivocados — en la flexión aislada de Oihenart, *derahatza*? — Por exigua que fuese su fuerza probatoria, entendemos que se puede probar algo más que con las conjeturas del Sr. Saroïhandy, que no se apoyan en ningún dato positivo. «Y qué peso tiene — vuelve a preguntar — la grafía de Leizaola *iraixeki* en que *ix* no representa sino la *x* moderna....? — El Sr. Bähr está en un error al hacer esa afirmación, porque el sonido de la *x* moderna no lo representó Leizaola con *ix* sino con *ch*.

«Por fin, encontramos — dice — en el Diccionario si los verbos *atxitu*, *atzitu* (coger) y *atsiki* (agarrar, pegar, prender), pero no *atsi*. — Mas teniendo, como tenemos, bastantes verbos de doble determinante: *jaurti*, *jaurtigi*, *jaurtiki*: *jañain*, *jañaitu*, *jañai*: *egon*, *egoki*, *egondu*, etc., y por si esto fuera poco, los factitivos *eraatsi*, *iraatsi* (adherir, apegar) ¿cabe du-

dar razonablemente que *atsi*, aun cuando no lo registre el Diccionario V. E. F., es un verbo que tiene o ha tenido existencia real? Si esto se puede poner en cuarentena, valdrá más que no nos pongamos a discutir. Y a propósito: en *eraatsi*, *iraatsi* (apegar) lo mismo que en *erhautsi* (pulverizar) con la *h* aspirada del simple, ha habido también atenuación de *a* en *e*? Pues no dejaría de ser maravillosa habilidad esa de permanecer íntegra en su propio puesto y saltar a la vez al principio del factitivo, permutada en *e* o en *i*. Tampoco encuentra el señor Bähr en el Diccionario *irajo*, supuesto derivado de *jo*. — En efecto *irajo* apareció por errata; pero *irijo* (hacer pegar) lo registra el Diccionario V. E. F.: lo que me hace sospechar que *erayo* (estrellar) no es invención del P. Lañamendi.

Nos parece de importancia —dice el señor Bähr— establecer esto a causa de ciertos neologismos a que el señor Egusquiza alude, aunque por desgracia no cita ejemplos. Pero uno que muy bien podría darse por aludido es el neologismo *erail* (matar), pretendido factitivo de *il* (morir)». — Pues precisamente es, ése el neologismo que no se me había venido a las mientes al escribir mi informe, porque conocía el suletino *erho*, el *erak* de los refranes y hasta el *erain*, registrado por el señor Azkue en su Diccionario, y no era mi propósito desterrar arcaísmos. Mi pretensión era más modesta. La Academia había adoptado el acuerdo de respetar los neologismos que corren hace algún tiempo, y, por lo mismo, son conocidos para muchos escritores y lectores, no sustituyéndolos por otros de más reciente creación y menos conocidos, mientras no constase *claramente* que aquellos estaban mal formados. Donde yo veía oscuro, alguien pretendía ver *claro*, y a eso obedeció mi informe.

Mi distinguido contradictor comete varias veces la pequeña distracción de mentar el prefijo *er(a)* donde

su variante *ir(a)* era el llamado a intervenir, y al contrario. Así escribe: «Si esta derivación (la de *erail*) fuera correcta, el factitivo de *igo*, v. g., no debería ser *irago*, como lo es en realidad, sino *eraigo*, forma fantástica e imposible».—Y por qué no había de ser *iraigo* = *irago*, lo mismo que *iraixeki* = *iraxeki*, que se leen en Lizarraga? Pero además no es seguro, sino muy problemático, que *irago*, *iragan*, sean factitivos de *igo*, *igan*. Estos últimos expresan la idea de (subir) mientras que aquellos no significan (hacer subir) ni cosa que se le parezca, sino exactamente lo mismo que *igaro*, *igaran* (pasar, trasladar); por lo cual más bien parecen metátesis de éstos que factitivos de *igo*, *igan*. Si en mi primer informe los incluí en la lista de los factitivos explicables con el infijo *-ra-*, no fué porque estuviera convencido de ello, sino porque no quise dar pretexto a que se me contestara que empleaba yo dos pesas y dos medidas, según se tratase de unos u otros ejemplos.

El señor Bähr, como si hubiese aducido razones apodócticas en pro de su tesis, afirma resueltamente: «Por lo que queda dicho seguiremos opinando que la inmensa mayoría o la casi totalidad de los tratadistas, los cuales consideran los factitivos como formados mediante un *infijo*, han dado en lo cierto». —No sé a qué tratadistas alude: lo que sé es que los hay para todos los gustos, y siendo ello así, esa afirmación, aunque la haga un hombre serio, no deja de ser una andaluzada.

Seguiremos opinando — añade — «que no hay motivo de suponer ni en algunos casos la existencia de un *prefijo* **ira* (*era* debía haber dicho), pues no encontramos vestigio de tal».—Está bien; pero vestigios del *infijo* *-ra-* ¿dónde los encuentra? En ninguna parte. El vocablo *era* en sus distintas funciones nos es conocido. También nos son conocidos los factitivos

erazi, *erazo*, los cuales así como en la sufijación se contraen muchas veces en *azi*, *azo*, en la prefijación se contraen en *era*, en opinión de graves autores.

En cambio, el *infiijo -ra-*, fuera de este supuesto factitivo, no aparece por ninguna parte. Bien es verdad que mi estimado contradictor lo saca lindo y morondo mediante su cálculo de substracción; pero ya hemos visto que lo hace cometiendo lo que en dialéctica se llama: petición de principio.

Si a un factitivo del tipo de *eratoñi*, *erakañi*, *erakutsi*, *erazagatu*, etc., siendo como es la inicial de sus simples *etoñi*, *ekañi*, *ekusi*, *ezagatu*, etc, no orgánica sino protética, se explican con el *prefijo er(a)* tan bien o mejor que con el supuesto *infiijo -ra-*, con mayor razón podríamos decir que en la lengua vasca no hay vestigio de semejante *infiijo*. Esto por un lado; como por otro, para explicar no pocos factitivos con ese hipotético *infiijo*—cuya existencia negamos mientras no se nos pruebe con razones más sólidas— hay necesidad de hacer conjeturas sin base y juegos malabares, y ni aun así se consigue dar una explicación satisfactoria de todos, hipótesis por hipótesis, estimamos preferible la del *prefijo er(a) = ir(a)*, que nos da una solución mucho más obvia de toda la serie.

Eguskltza.

Lekeitio, 14 - V - 33.
